

II Jornadas de Difusión de Tesis sobre Memoria y Pasado Reciente

Acerca de las narrativas de la violencia política en la literatura infantil argentina. Itinerarios de lecturas (1970-1990)

Laura Rafaela García
(INVELEC-UNT-CONICET)

Esta exposición se presenta como un ejercicio por responder a la pregunta planteada en la convocatoria de estas jornadas: *cuál es el aporte que realiza su tesis a los debates teóricos y/o empíricos al análisis del pasado reciente, la gestión institucional, subjetiva y/o simbólica de las memorias sociales.*

Las posibles respuestas a este interrogante funcionan como un intento por dar cuenta de la trayectoria de la investigación y atender a la dimensión posible del aporte. Además, estas respuestas son, por una parte, un desafío por trazar algunas líneas de análisis y, por otra, una oportunidad para ensayar algo más que lo planteado en las conclusiones de la tesis doctoral pensando en las repercusiones de este trabajo en las prácticas culturales.

Las características de la literatura para niños componen “un objeto incómodo inmanejable, molesto” (Díaz Rönner, 2011), que define nuestro campo de estudio como una *zona de borde* (Gerbaudo, 2009) en los límites culturales con otras disciplinas interesadas en la infancia, como la didáctica y la psicología. Por muchos años, el sistema literario también le atribuyó una posición marginal al campo infantil, que se relacionó con una oposición implícita planteada en términos de lo menor en contraposición a una literatura mayor. Oposición constitutiva que conlleva la noción de una minoría de edad en cuanto a las características de la producción para niños, pero que el campo infantil logró desbaratar a partir de la producción sostenida durante décadas de poéticas como la de María Elena Walsh, Elsa Bornemann, Laura Devetach, Graciela Montes o Gustavo Roldán -para nombrar sólo algunos de los autores con mayor trayectoria. La “salida de la marginalidad” de la literatura infantil -como la denomina María Adelia Díaz Rönner (2000)- estuvo determinada por la heterogeneidad de los modos de contar y las modulaciones de los autores para trabajar con la ficción¹.

El campo infantil tiene un gran momento de emergencia durante los primeros años de la recuperación democrática, entonces hay un clima de época que contribuye a la renovación de los postulados vanguardistas de los sesenta y los setena. Voces como las de Laura Devetach y María Elena Walsh promovían en las décadas anteriores una literatura que interpelara la imaginación del lector y se distanciara de la formación moral o de una literatura de tono moralizante. Durante los primeros años de la democracia tienen lugar algunos hechos culturales –como la creación de centros especializados y la emergencia de nuevos actores- que, acompañados por un importante apoyo editorial, contribuyen a la organización de nuevas colecciones y, fundamentalmente, a la profesionalización de los autores de literatura infantil. Este grupo de autores denominado por Díaz Rönner como “la banda de los cronopios”

¹ Recientemente, esos modos se actualizaron e introdujeron nuevas características con el reconocimiento internacional que obtuvieron las autoras argentinas, María Teresa Andruetto con el Premio Hans Christian Andersen 2012 –otorgado por la Organización Internacional para el Libro Juvenil (IBBY)- y Marisol Misenta, conocida como Isol, como autora e ilustradora distinguida con el Premio de Literatura en Memoria de Astrid Lindgren 2013 por el gobierno de Suecia, conocido como el Premio Nobel de Literatura Infantil.

(2011:162), también se distinguen por ser los lectores del boom de la literatura latinoamericana y por asumir el compromiso con la formación de lectores como una práctica específica del campo. Graciela Montes lo expresa en los siguientes textos: “tengo clara conciencia de que el libro y la lectura tienen un papel social y que el trabajo del escritor, sean cuales fueren los matices que adopte -por fortuna variados-, tiene un lugar y un significado sociales, así como también es cierto que la sociedad tiene sus representaciones peculiares y únicas en cada obra. Por otra parte, los momentos históricos que debí atravesar, junto con los de mi generación, no dejaban lugar para demasiados titubeos. Los intelectuales teníamos un papel que desempeñar, sin duda” (Machado y Montes, 2005: 82).

En esta dirección, nuestra investigación se ubica entre dos grandes pares o ejes temáticos que sirven de marco reflexivo para los aportes posibles: por una parte, nos interesa avanzar sobre la pregunta por cómo participa la literatura de la infancia a partir del recorrido por las problemáticas del campo como así también por las formas en las que esa relación cobra sentido en los textos para niños y, por otra, profundizar en la complementaria y desigual relación entre memoria e imaginación –trazada por Paul Ricoeur (1999)- que se materializa en las representaciones de los autores de nuestro campo integrando las colecciones de nuestro corpus para contar la violencia política. Ambos ejes (Literatura e Infancia y Memoria e Imaginación) encuentran un punto común en el tema de la transmisión. Para la literatura, la relación con la infancia está dada por los modos de narrar y esa tradición se vincula directamente con la oralidad ya que, en términos generales, “contar remite siempre a transmitir lo ya acontecido” (2014: 66) según afirma Ana Padovani. En el caso del campo de las memorias, la importancia está en las formas de representar el pasado violento y la construcción de nuevos sentidos para la apropiación de las próximas generaciones. En este punto, nos interesa avanzar sobre la pregunta inicial de nuestra investigación: cómo se cuenta la violencia política en la literatura infantil argentina.

Para eso, partimos de la hipótesis de Rossana Nofal (2006), quien afirma que el horror es comunicable por medio de la fantasía y para demostrarlo organiza la primera colección de lecturas a partir de su experiencia en los talleres literarios para chicos de Mandrágora y las potencialidades del concepto de fantasía literario de Rosmary Jackson (1986). De ahí, nos propusimos profundizar en este planteo y tomamos la colección como un modo de leer que interpela las prácticas literarias actuales. En este punto, confluyen memoria y literatura ya que, por un lado, entendemos junto con Graciela Montes que los chicos son herederos de la historia (Machado y Montes, 2005:83), en consecuencia, es necesario que conozcan lo que ocurrió durante la dictadura porque es parte de su historia y, por otro lado, los consideramos como sujetos lectores que enriquecen su imaginario por medio de las representaciones ficcionales.

Siguiendo este planteo tomamos del campo de las memorias el concepto de *emprendedores de la memoria* para definir la práctica intelectual de los autores que integran nuestras colecciones ya que –al decir de Elizabeth Jelin (2002)- el emprendedor se involucra personalmente en su proyecto, pero también compromete a otros, generando participación y una tarea organizada de carácter colectivo. Además, explicita que se trata de un generador de proyectos, de nuevas ideas y expresiones, de creatividad -más que de repeticiones (48). Entonces, consideramos la voluntad de contar, el compromiso con la transmisión por el pasado

reciente y la acción de interpretar los hechos con expectativas hacia el futuro para entender a los autores del campo infantil como actores sociales movilizados de manera colectiva con la causa de la reconstrucción del pasado y la consigna instalada por el Informe de la CONADEP en 1984 de no olvidar para que los hechos no se repitan *Nunca más*.

Retomamos la idea de la colección como un modo de leer y seguimos a Walter Benjamin (1989), interesado por las colecciones y la infancia, quien en el texto “Juguetes antiguos” describe una exposición de piezas de coleccionistas (soldaditos de plomo, muñecos de confitura) reunidas en un museo de Berlín. En ese caso, se trata de juguetes que van acompañados de un catálogo que documenta cada pieza y también, proporciona datos de la edad, fabricación y difusión del grupos de juguetes (80). Benjamin señala que lo peculiar de la exposición es que no sólo reúne juguetes en un sentido estricto, sino que ese material compone cuadros totales más vivos que los que se podrían brindar en una exposición sistemáticamente estructurada. Nos detenemos en ese gesto particular para reconocer en los relatos que reúnen nuestras colecciones escenas narrativas, que interpelan al lector a partir de las situaciones que hacen posible contar la violencia política y es allí, donde ponemos el horizonte de expectativa. En nuestra investigación organizamos tres colecciones que pretenden actualizar los modos de transmisión del pasado a partir de la lectura de los relatos reunidos. Cada colección tiene su particularidad y junto con la figura que la distingue se presentan ciertos movimientos que resaltan el ingreso del elemento político al campo infantil. En la primera colección que denominamos memoria de elefante² la metáfora -como recurso unificador- muestra la importancia de las acciones colectivas y la necesidad de no olvidar el pasado. En la colección del Sapo³, este personaje representa la tradición de contar las historias que dan origen al mundo y la narración oral es la herramienta que contribuye al diálogo intergeneracional. La tercera colección de *lo monstruoso*⁴ tiene la particularidad de inscribir los primeros relatos fantásticos dentro del campo infantil y presenta las modulaciones del miedo para elaborar el trauma (LaCapra, 2001). Además, esta última colección tiene como marco histórico los testimonios de testigos y sobrevivientes de la dictadura, que se hacen públicos y son recogidos en el informe de la CONADEP.

En esta dirección, el concepto de colección es funcional a nuestro modo de leer el campo infantil ya que partimos de las configuraciones narrativas de los relatos para interpelar la arbitrariedad del poder y los condicionamientos impuestos a la libertad individual o colectiva. Las narrativas de nuestras colecciones dan cuenta de dos momentos centrales para transmitir el pasado: en primer lugar, entre los mecanismos de control se inscriben los relatos reunidos

² *Dailan Kifki* [1966] de María Elena Walsh, el cuento “Guy” del libro *Monigote en la arena* [1975] de Laura Devetach, “Un elefante ocupa mucho espacio” [1975] de Elsa Bornemann, “¿Quién conoce un elefante?” en: *El monte era una fiesta* [1984] y “Prohibido el elefante” en: *Prohibido el elefante* [1988] ambos de Gustavo Roldán, “El genio del basural” en: *El héroe y otros cuentos* [1995] de Ricardo Mariño.

³ “Sobre lluvias y sapos” y “¿Quién conoce un elefante?” en: *El monte era una fiesta* [1982]; “Un monte para vivir” en: *Cada cual se divierte como puede* [1984]; “El tamaño del miedo” en *Como si el ruido pudiera molestar* [1986]; “Gustos son gustos” y “Las reglas del juego” en: *Sapo en Buenos Aires* [1989]

⁴ “Irulana y el ogrote. Un cuento de mucho miedo” [1991] de Graciela Montes; *¡Socorro! Doce cuentos para caerse de miedo* [1988] de Elsa Bornemann; *Tengo un monstruo en el bolsillo* [1988] de Graciela Montes; *Queridos monstruos (Diez cuentos para ponerte los pelos de punta)* [1991] de Elsa Bornemann; *Maruja* [1989] de Ema Wolf; *Otroso. Últimas noticias del mundo subterráneo* [1991] de Graciela Montes.

en las colecciones “memoria de elefante” y “las historias del Sapo de Gustavo Roldán” ya que las situaciones narrativas presentadas en estos textos se refieren al abuso de la autoridad y al cuestionamiento de las formas políticas del mundo adulto, interpelando al lector hacia nuevas alternativas para resolver determinadas situaciones colectivas. En segundo lugar, la colección de *lo monstruoso* alude a los efectos del horror al exponer las diferentes modulaciones del miedo a través de los recursos del *fantasy* literario (Jackson, 1986) definida como una zona narrativa que abarca temas y situaciones relativas al extrañamiento que produce la deformación de lo familiar en el sentido de *lo siniestro* de Freud, la participación de monstruos y fantasmas -como protagonistas- que recrean “lo otro” distante y cercano a la vez del mundo del lector y la sensibilidad que trasciende el relato para dar lugar a una experiencia subjetiva construida en los límites de lo indecible y lo representable.

En el marco actual de una reestructuración del Estado y la revalorización del sistema democrático iniciada tiempo atrás, entendemos que estos modos de leer el pasado contribuyen a actualizar las formas de transmisión del pasado y aportan a revisar las prácticas literarias vigentes. En particular, consideramos clave las nuevas lógicas del cuidado planteadas por la concepción de niños, niñas y adolescentes como sujetos de derecho, dada por la Ley 26.061. Nos preguntamos por las prácticas culturales destinadas a la infancia y la necesidad de revisar el concepto de derechos culturales proclamado en la ley para no caer en un vaciamiento del significante (Laclau y Mouffe, 1996). Desde nuestro punto de vista el principal aporte de este trabajo cuestiona las políticas culturales y educativas actuales y pretende avanzar en las discusiones sobre en qué medida la lectura literaria como práctica subjetiva garantiza el derecho a la imaginación de niños, niñas y adolescentes, cómo y cuáles son los modos de leer que favorecen el ingreso de una mayor cantidad de lectores a participar de la ficción y contribuyen a la construcción del imaginario colectivo.

Bibliografía

- Benjamin, Walter (1981). *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*. (Trad. por Thomas, J.). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1989.
- Díaz Rönner, María Adelia (2000). “Literatura infantil de “menor” a “mayor” en Jitrik, N. (dir.). *Historia Crítica de la literatura argentina*. (11). (pp. 511- 531). Buenos Aires: Emecé, 2000.
- _____ (2011). *La aldea literaria de los niños. Problemas, ambigüedades, paradojas*. Córdoba: Editorial Comuncarte, 2011.
- Gerbaudo, Analía (2009). “Literatura y enseñanza” en Dalmaroni, M. (dir.). *La investigación literaria. Problemas iniciales de una práctica*. (pp. 165- 194). Argentina: Ediciones UNL, 2009.
- Jackson, Rosmary (1986). *Fantasy. Literatura y subversión*. Buenos Aires: Catálogos, 1986.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria, memorias de la represión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2002.
- LaCapra, Dominick (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.
- Laclau, Ernest y Mouffe, Chantal *Hegemonist and Socialist Strategy: toward a radical democratic politics*. New York: Verso, 1985. [Edición en Español Buenos Aires: Nueva Visión, 1996].
- Machado, Ana María y Montes, Graciela (2003) *Literatura infantil. Creación, censura y resistencia*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2005.
- Nofal, Rossana (2006). “Literatura para chicos y memorias: colección de lecturas” en Jelin, Elizabeth y Kaufman, Susana (comp.) *Subjetividad y figuras de la memoria*. (pp. 111- 129). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2006.
- Ricoeur, Paul (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife, 1999.